

ECO DEL SEGURA

AÑO V.

CIEZA 17 ENERO DE 1909.

NÚM. 189.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, CÁDIZ, LA UNIÓN, ÁVILA, GRUPO, VIZCAYA, BILBAO, CIEZA, CARAVACA, MELILLA Y MADRID

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior	Ptas. 8.522.091'71
Imposiciones durante la semana	540.692'64
SUMA.	Ptas. 9.068.784'35
Reintegros	314.104'67
SALDO.	Ptas. 8.754.689'68

Cartagena 9 de Enero de 1909.

SUCURSAL DE CIEZA. HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 y 12 a 1. y de 3 y 4 a 4 y 1/2.
OPERACIONES Y GIROS: De 10 a 1.

EXPANSIONES

Cada persona, aun de los más fáciles asuntos y más baladíes cuestiones, opinamos de forma distinta, y aducimos, porque las tenemos de sobra, razones de peso é incontrvertibles.

Hay quien sostiene que la pena de muerte, por ejemplo, deba desaparecer, fundando su aserto, en que el hombre no está facultado para matar al hombre; y que el verdugo, amparado por la Ley para disponer de la vida de un semejante, es tan criminal como aquél que mató en un momento de desgracia de embriaguez ó de arrebató, de obcecación ó bien de locura; y hay quien opina, en contra, que la guillotina se impone como freno que sirva de valla ó dique de contención al desbordamiento de los actuales desajustes.

Y lo mismo en esta cuestión de vida ó muerte, que en cualquier otra, surgen á primera vista sucesos empedernidos, ardorosos defensores ó detractores faribundos.

De lo dicho se infiere y de lo expuesto se deduce, que la humanidad entera está desequilibrada, y que en los manicomios, como dijo el sabio, «ni son todos los que están, ni están todos los que son»; que los hombres se avienen en las formas de pensar, como si fuesen prendas de vestir; que los hombres no son en la forma, externa como realmente lo son en la interna, porque como dice el refrán: «Una cosa es producir y otra dar trigo».

Y que resulta de ello? Que en la tierra no hay nada oculto, y á D. Fulano, hombre intachable, moral á prueba de bomba ó á macha martillo, que ejecuta en público actos dignos de loores y alabanzas, le es conocido del mundo, con el transcurso de los años, su proceder, y descubierta su trama de pretender

engañar á sus semejantes para lograr algún posterior fin utilitario; porque al Dios de los dioses, no puede Don Fulano, engañarlo, aunque here como el cocolitro, ni aunque se arrastre por el suelo, como la inmundicia serpiente.

Y hay hombres que tienen el valor de sus actos, y no se arredran ante las resultancias de aquellos; pero estos, hombres son de monjes; y por temor al qué dirán, los más, no se resuelven á exponer sus opiniones en público.

Hay pocos hombres como aquél del cuento, quien al confesarse, y preguntarle el confesor si tenía propósito de enmienda, replicó: «Pero, padre, ¿usted me cree capaz de engañar á Dios?»

Por desgracia, abunda el número de los que en público ni comentan, ni murmuran, ni hablan, ni oír hablar quieren de personas ó cosas, en aquellos puntos en que pueda sufrir la moralidad ó menoscabarse el buen concepto; mas luego, en privado, y ocultos en la sombra del no me descubras, ó del te lo digo porque eres tío, hunden en el aprobio y en el despreciable, á quienes, sin duda alguna, más digno por todos conceptos, que aquél que había la censura.

Ya dijo en este mismo semanario, no hace mucho tiempo, inspirado vate, y con él, nosotros, hay, repetimos:

«tantas ruinas pasiones,
tantas humanas miserias,
¿cómo no han de producirnos
hondas, muy hondas tristezas?»

El propósito deliberado de pasar ante el mundo como se quiere ser, hace al hombre que no se conoce así propio, ó que si se conoce no quiere conocerse, realizar actos, de los cuales más tarde y á sus solas se avergüenza; pero ante los hombres, defendiendo la legalidad de los mismos; porque para el que los ejecuta, el verdadero honor, está en alimentar su desmedida soberbia.

Infelices! Todos los hombres somos, sin salvedad alguna, unos desdichados. Yo juzgo mal de mi vecino porque se

acosta tarde, sin saber, ni detenerte á averiguar las razones que mi vecino tenga para ello; y, éste, murmurará de mi porque me encierro en mi casa á la postura del sol; y santamente, les dice á sus íntimos mis maquinaciones y mis fines reprobables, que sólo existen en su cerebro, y que, según él, viven en el mío.

Y ante los idiotas que le escuchan, le inspiro lástima, porque soy un buen muchacho digno de mejor suerte... pero... el vicio me ha llevado y me lleva de la mano por sendas extraviadas, y por esto cometo actos indignos.

El vecino que de mí habla, es desgallegado á su vez por otro, y así sucesivamente la humanidad entera vive espantada por haber muchos doctores que aryan el veneno de la murmuración.

Y los que tenemos el menor grado de este mal, tan infeccioso como grave, deberíamos alzar á esos desventurados que padecen el tifus de la maledicencia, el colera de la murmuración, ó la fiebre amarilla del despreciable.

¿No queremos amarlos poniéndolos en el lazareto perpetuo del desprecio absoluto? Pues quitémosles la careta del corazón, preguntemos en público sus faltas sin temor alguno, sin esos secretos á voces, que son los peores secretos, poniendo, si preciso fuera, á contribución de la causa hasta la última felicidad que poseamos.

Los Rayos X, para tratar de las cuestiones sociales, no hacen falta; tienen su aplicación exacta y adecuada. Aquéllas deben tratarse á la luz solar, clara, brillante, limpia y resplandeciente.

El enemigo más temible es aquél á quien hay que combatir sin verlo ni conocerlo.

Por tal razón, descubrímosle y presentémosle al mundo como un canchido para que el mundo le huya y de él se aparte.

contar de cuerpo entero; á algunos que como estos, de esta clase de pino rojo y de pino, que tienen su asiento en los floridos, ó locos y de limbrantes naturales y vitales, de nuestra sociedad, para que los cultivadores entusiastas acudan todos, como uno sólo, á su exterminación.

R. M. CAPDEVILA.

JOYAS LITERARIAS

A LA ARREBOLERA

Tristes horas y pocas,
Dió á tu vivir el cielo,
Y tú, á su eterna ley mal obediente,
A no hacerle iras lo provocas.
Alzas la tierna frente,
¿Diré en llama ó en púrpura bañada?
De la gran sombra en el oscuro valo,
Y mueta y encogida y desmayada,
Llegas á ver del día
La blanca luz rosada.
¿Tan poco se desvia
De tu ancor la muerte arrebatada!
Si es pues de otro decreto
Que el tiempo brava de tu edad taclayas
En sólo el cerco de una noche fría,
¿Quézo valdes que huyas
Con ambicioso afecto
De procerente insantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á los profundos mares,
Que por ventura negran en camino.
De suño tuyo á la serrado pino,
Y en voz de la acogida
Que en las paldas ontrañas
Hallaste siempre de la tierra dura,
Hallaras en sus aguas sepultura.
¿Qué genal nécio arlor te solicita
Pariver de Apolo el refrigento rayo?
¿Qué due de má que en larga copia el mayo
Vierto, su grave incendio no marchita?
¿Oh, cómo es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un y blanco lífano
Que lupio rebá á las flores
El ilustre yel aliento y los colores!
Y tú, atrevida y faga,
Dulce hongo y colado de la noche,
Si la llama y calor al sol te apaga,
¿Qué mayor dicha haya
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es más el tiempo vano de los años
Que un espejoso número de años.

